

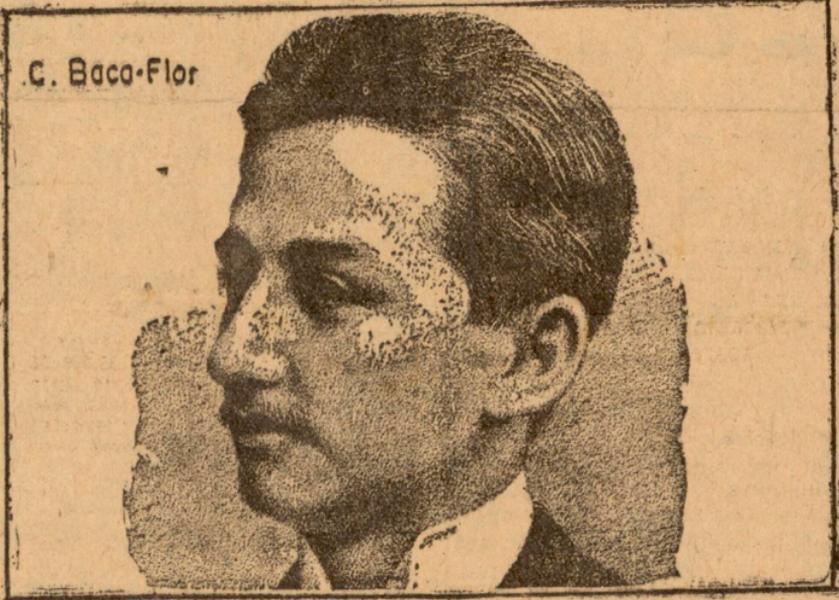
EL LABERINTO Y EL HILO

EL CAMINO MAS DIFICIL

Por Sebastián SALAZAR BONDY

La colección de cuadros de Carlos Baca-Flor vendida recientemente en pública subasta muestra un aspecto del artista que difiere de la manera por la cual se hizo conocido y a la que muchos atribuyen, a juicio del cronista erradamente, una calidad excepcional. Pintadas en la primera treintena del siglo, dichas telas de Baca-Flor joven trasuntan una inquietud estética —impresionista y post-impresionista— que radica en la persecución de un logro plástico puro, donde el objeto figurado es sólo el sustentáculo de una construcción cromática organizada con fines estrictamente expresivos. Aun no está ahí el retratista interesado en la reproducción del modelo, el realizador de cabezas y bustos en volumen, el imitador fidedigno del rasgo amable de una faz humana. Pese a que no se puede decir que Baca-Flor estaba al día cuando concibió y produjo los lienzos comentados, es evidente que tenía la convicción de que la pintura era plana y que, por tanto, su ejecución sólo podía obedecer al propósito de obtener una imagen nueva. Se hallaba, pues, en el penoso y sincerísimo camino del arte contemporáneo.

¿Qué pasó luego? Se trata de un tema para abordar desde diversos ángulos y en un estudio exhaustivo, cuyo lugar no es, por cierto, la columna periodística. Sin embargo, puede apuntarse aquí por lo menos una verificación al respecto. Del impresionismo hacia adelante, el arte pictórico ha acendrado su objeto esencial con valentía y riesgo, además de prisa, que nunca se dieron antes. La finalidad de los artistas consecuentes con-



C. Baca-Flor

sigo mismos y con su vocación fue rescatar la operación creadora de las ataduras de la realidad. Imitar la naturaleza, copiar el contorno, aislar un tema de la pluralidad temática del universo, no constituía, a los ojos del auténtico creador, la sustancia que desde Altamira procuraba el hombre aprehender. ¿Cuál era ella? ¿Dónde había que buscarla? ¿Qué precio se habría de pagar por una detección semejante? Las respuestas vinieron solas: la sustancia de la pintura es la pintura misma; hay que encontrarla en el color y la forma independientemente del asunto; es preciso abandonar, para ello, el halago de la anécdota de los contenidos descriptivos.

Del impresionismo acá, entonces, se operó una transformación sensacional, pero que costó a los pintores muchos padecimientos: el aislamiento, la burla, la pobreza, etc. Se distingue que Baca-Flor no quiso seguir ese camino, el más difícil, y que de su talento empleó solamente la habilidad artesanal, el oficio práctico. Los retratos le abrieron las puertas del gran mundo, en tanto esas mismas puertas se cerraban para sus colegas de todo el mundo que prefirieron someterse a las exigencias de su arte sin concesiones de ninguna índole. Es indiscutible que Baca-Flor estaba bien dotado —algunos cuadros del reciente remate así lo proclaman—, y que en sus manos estuvo establecer para la pintura del Perú y la de América un hito inicial de modernidad. Eso habría sido histórico, pero el éxito no le hubiera sobrevenido sino a la larga, tal vez póstumo como a todos los precursores. Dueño de su libertad, Baca-Flor eligió. Es evidente que al escoger no acertó.

El espíritu es inexorable. Plantea al artista una alternativa: o ser él propiamente, en el arte, o no ser, fuera de él. Es lamentable que ya se pueda vislumbrar que en la historia de la pintura peruana únicamente quedarán, como símbolos de una posibilidad que se frustró, los cuadros subastados, breves resplandores de una imaginación pictórica que no cuajó en luces eternas. Si hubiera sido de otra manera, ahora escribiríamos el nombre de este pintor con un temblor agradecido, con una emoción orgullosa, con un amor creciente, como solemos poner el nombre de los fundadores de un nuevo mundo.